

así también por un otro prodigio esta misma señal del Pesebre manifestó su virtud en los grandes, obligándolos á humillarse delante de Jesucristo; en los sabios, sometiéndolos á la sencillez de la fe, y en los ricos desprendiéndolos de sus riquezas y haciéndolos pobres de corazón. De esto tenemos la prueba en el ejemplo de los Magos, y una prueba, con la que desafío á los corazones más obstinados y endurecidos, si se aplican á profundizar y conocer toda su fuerza. Jesucristo nace en la Judea, y los Magos, esto es, los hombres sabios, los poderosos, los opulentos del siglo, y aun los reyes también, vienen desde lo más remoto del Oriente á buscarle. Después de haber dejado por esto sus Estados, después de haber tolerado las fatigas de un largo viaje, y después de haber experimentado mil peligros, llegan á Belén, entran en el establo, ¿y qué es lo que hallan en él? Un Niño recostado en un Pesebre. Pero, decidme: ¿este Niño es el Dios que ellos vienen buscando? Sí, católicos: el mismo es, y justamente por esta señal del Pesebre le reconocen. Sin deliberar, y sin examinar nada, luego que le descubren, se postran ante él, y no contentos con sacrificarle sus tesoros, ofreciéndoselos, le sacrifican su razón, adorándole.

¡Ah, católicos! Acabemos de instruirnos en este excelente modelo que Dios nos propone. Es verdad que los Magos no ven más que un pesebre y un Niño; pero la maravilla de Dios está en que esta señal de la niñez y pesebre de Jesucristo, tenga bastante poder sobre sus espíritus, para hacerles adorar en este Niño lo que parece menos digno de sus adoraciones; que haga tanta impresión en sus corazones, que pueda arrancar de ellos en un instante las pasiones más vivas, más envejecidas y radicadas; y que sea tan eficaz, que los humille bajo el yugo de la fe. A vista de esto ¿dudaremos que es esta señal, la señal de Dios Salvador? Hay más aún, católicos; yo sostengo que este solo milagro de la conversión de los Magos es un testimonio el más auténtico y manifiesto de cuanto Jesucristo hará después; y que ni los ciegos de nacimiento curados, ni los muertos resucitados después de cuatro días, serán señales más auténticas de su divinidad y de su misión, que lo que pasó en Belén; esto es, que los grandes, los ricos y los sabios del mundo se miren sometidos al imperio de Dios. Gran milagro es que hombres sencillos é ignorantes, como los pastores, lleguen de repente á tener conocimiento de los más altos misterios y estén llenos de las luces divinas; pero sin contradicción es un milagro mucho mayor, que hombres versados en las ciencias humanas, é idolatras de su falsa prudencia, la renuncien para no seguir ya sino las reflexiones y consideraciones oscuras de la fe.

Ved aquí, amados oyentes míos, cuanto ha podido obrar la señal del pesebre, y lo que aún debe obrar en cada uno de vosotros, si queréis que sea para vosotros una señal de salvación. Es menester que corrija todos vuestros errores, y que os haga seguir máximas del todo contrarias á la sabiduría del mundo; es menester que apague el fuego de la avara codicia que os consume, y que os liberte de toda afición á los bienes perecederos del mundo; y es menester que contenga y refrene vuestros ambiciosos deseos, y que destierre de vuestro corazón todas las vanidades y pompas del mundo. Aplicaos, hermanos míos, á que así suceda para gozar de una eternidad bienaventurada. Esto es lo que os deseo en nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

NATIVIDAD DE NTR. SR. JESUCRISTO

Verbum caro factum est, et habitavit in nobis.

El Verbo fue hecho carne, y habitó entre nosotros.

(JOAN. 1.)

El Verbo divino, Hijo unigénito del eterno Padre, vivo rayo de su luz, imagen substancial de su bondad, y espejo purísimo de su eterna gloria; el Verbo divino, representado por las figuras, prometido por los Profetas, esperado por los Padres y deseado de todas las gentes; el Verbo divino, para exaltar nuestra naturaleza, para expiar nuestro pecado y sojuzgar á nuestros espirituales enemigos (¡oh poder de la gracial ¡oh prodigio de la misericordia divina!); el Verbo divino, digo, concebido hace nueve meses por obra del Espíritu Santo en las virginales entrañas de María, va á nacer dentro breves días en carne visible y en forma humana y mortal: *Verbum caro factum est, et habitavit in nobis.* Lanzóse del monte, según la expresión de la Escritura, lanzóse del monte sin intervenir mano de hombre, aquel

peñasco que ha de ocupar el universo; hlovieron los cielos, y de las nubes descendió el Justo; abrióse la tierra y apareció el Salvador: la vara de Jesé brotó el oloroso retoño, sobre el que reposa abundantemente el espíritu del Señor: *Verbum caro factum est, et habitavit in nobis*. ¡Oh nuevo rasgo de infinita bondad! ¡Oh motivo poderosísimo de universal alegría! Regocijaos, santos ángeles, á quienes se prepara un nuevo objeto de beatitud; consolaos, pecadores, para quienes se acerca la hora de la redención; congratulaos, oh justos que moráis en las sombras de la muerte, y á quienes se aproxima el momento de la suspirada libertad; y sólo vosotros temblad y desesperaos, oh demonios, para quienes se prepara la derrota, la ignominia y la confusión. Y nosotros, ¿qué haremos, oyentes míos? Por mi parte puedo deciros con San Bernardo que una insólita y confusa mezcla de reverencia, de amor y júbilo, y hasta de temor, agita de mil diversas maneras mi espíritu, y entre los varios objetos que la fe me presenta en este misterio, no sé á cuál aficionarme más particularmente, ni cual seguir de los muchos afectos que la Religión excita en mi corazón. Ora me vuelvo á Jesús, y adoro su humildad; ora contemplo á María y admiro su exaltación; eléyome por fin hasta Dios, y el exceso de su bondad me confunde; desciendo luego hasta el hombre, y me consuela el exceso de su felicidad. Pero, en la necesidad de resolverme, me dedicaré con San Pablo, más bien que á excitar tiernos afectos en los corazones devotos, á demostrar la grandeza, sublimidad y excelencia de este importante asunto, es decir, á manifestar en cuanto yo alcance las adorables verdades que encierra, para que de este modo logremos todos consolidar nuestra fe y acrecentar nuestra piedad. Con tal objeto, desearia, á tener tiempo, abrazar los tres puntos principales que forman y comprenden toda la extensión de este misterio. Estos tres puntos son: el objeto, el fin, y el medio de la encarnación divina. El objeto, es decir, la generación del Hombre-Dios; el fin, esto es, la salvación del hombre pecador; el medio, á saber, la fecundidad de la Virgen Madre. La generación del Hombre-Dios, ¡qué arcano tan profundo! La salvación del hombre pecador, ¡qué beneficio tan inestimable! La fecundidad de la Virgen Madre, ¡qué privilegio tan singular! Aspirar á la comprensión de este misterio, de este beneficio y de este privilegio en la sola luz de la razón, es una locura; pero procurar instruirse de él con la luz de la fe, es un acto de piedad y religión. Con el auxilio de esta luz, pareceme ya que me levanto y vuelo sobre mí mismo para contemplar la inenarrable generación del divino Verbo en la plenitud de los tiempos; seguidme vosotros con vuestra benévola é incansable aplicación. *Ave María.*

Entre los venerables dogmas del Cristianismo, el de la Encarnación del Hijo de Dios es tan superior al entendimiento y comprensión de los hombres, que la más sabia filosofía por sí sola no ha llegado nunca á descubrir ningún vestigio, ni á dar el más leve indicio de él; y aunque, según San Agustín y otros Padres, se observe en los escritos de los platónicos algún vislumbre ó especie de la eterna generación del Verbo, sin embargo ninguno de aquellos filósofos indicó jamás que éste, algún día, debiera hacerse hombre y unir su divina naturaleza á la nuestra en una misma persona. A la fe estaba, pues, reservado el descubrimiento de la admirable unión de las dos tan diversas naturalezas de Jesucristo; cuya unión inefable tomaré hoy por tema de este mi discurso, aplicando con la autoridad de San Agustín, á la divina y á la humana generación del Verbo, aquella exclamación de Isaías: *Generationem ejus quis enarrabit?*

Ciertamente es un misterio superior á nuestra comprensión, que el Hijo del Padre nazca realmente en Dios por un acto de pura inteligencia; que sea distinto del Padre en la persona, é idéntico al mismo en la naturaleza; que el Padre haya engendrado la persona del Verbo, y que éste no sea inferior al Padre en ciencia, ni en autoridad, ni en gloria; que todas las perfecciones del Padre sean comunes al Hijo, y sin embargo el Hijo carezca de la fecundidad del Padre para producir en sí mismo otro Verbo, y á este tenor todas las demás verdades tocantes á la divina generación, que debemos creer ciegamente. Pero ¿podrá comprenderse con más facilidad que este mismo Verbo, que desde toda la eternidad es Dios en el seno del Padre, se haga hombre en el seno de una mujer, y que habiendo sido engendrado antes del alba, esto es, antes del tiempo, en la gloria, en el esplendor de los Santos, vuelva á nacer en el tiempo, á semejanza de los pecadores? *Generationem ejus quis enarrabit?* Verdaderamente este segundo nacimiento es cuando menos tan admirable como el primero, y por esto la exclamación de Isaías se refiere tanto á la generación eterna del Verbo como á la temporal: á la eterna, que se eleva por encima de la humana inteligencia, y á la temporal, que desciende hasta más allá de lo que la comprensión humana puede alcanzar. Aquélla es un abismo de gloria; ésta es un abismo de humildad: la primera se hace inaccesible á causa de los resplandores de la Divinidad; la segunda se hace impenetrable á causa de la obscuridad de la carne. Allí, la demasiada luz deslumbra la razón; aquí las grandes tinieblas la ofuscan. El Verbo increado en el seno del Padre ha tomado el sol por tabernáculo, y los ojos del hombre son demasiado débiles para soportar su eterna luz: el Verbo encarnado en el seno

de la Madre ha escogido por retiro las tinieblas, y la vista humana no es bastante perspicaz para penetrar en su oscura y temporal mansión; de manera que nosotros somos en esta parte semejantes á los israelitas, que no podían ver la majestad del Señor, ni cuando aparecía entre relámpagos en el Sinai, ni cuando se ocultaba entre obscuras sombras en el Templo. *Generationem ejus quis enarrabit?*

Mas por recóndito que sea este misterio, á ningún cristiano es lícito ignorar que la Sabiduría del eterno Padre, la segunda persona de la Santísima Trinidad, el único y verdadero Hijo de Dios tomó carne semejante á la nuestra y reunió ambas naturalezas, divina y humana, haciéndolas subsistir en la sola persona de Jesucristo. ¿Podrá suponerse con Basilides, que la carne del Verbo sea ideal y su cuerpo aparente, como el que tomaba él ó un ángel en su lugar cuando aparecía sensiblemente á los patriarcas y profetas? No; porque el Verbo tomó una naturaleza humana verdadera y singular de la estirpe de Adán, y dotada de las mismas potencias y afecciones que la nuestra, excepto el pecado. ¿Será de creer que con la naturaleza haya tomado la persona del hombre, como lo afirmaba Nestorio, y se la haya apropiado, colmándola de sus dones con preferencia á los demás justos, y que su unión con Jesucristo sea de amor, de voluntad y de consentimiento, como lo es la de la amistad entre los hombres? No; porque el Verbo tomó, no la persona sino la naturaleza del hombre, y su unión es un conjunto real, intrínseco y substancial de dos naturalezas en una sola é indivisible subsistencia divina; del mismo modo que la unión recíproca del alma y del cuerpo forma en nosotros una sola é indivisible subsistencia humana. ¿Podrá creerse últimamente, con Eutiques, que una de estas naturalezas se haya mudado y confundido totalmente en la otra, de suerte que de las dos haya resultado otra tercera, no divina ni humana, sino compuesta y participante de entrambas? No; pues permanecieron y permanecen distintas entre sí, sin cambiarse ni confundirse en lo más mínimo, conservando cada una sus atributos ó propiedades, y ejerciendo una las operaciones divinas y otra las humanas. San Agustín, en contraposición á los expresados errores, define la doctrina de la Iglesia en los siguientes términos: *Christus Deus et Homo, idem Deus qui Homo, et qui Deus idem Homo, non confusione natura, sed unitate substantiæ.* (Serm. CLXXXV de Nat. Domini, 2-62, de div. n. 1). Cristo Dios y hombre, Dios el mismo que el hombre, y el hombre el mismo que Dios, no por la confusión de la naturaleza, sino por la unidad de persona.

Con esta llave, siguiendo los pasos de San Bernardo, debemos

siempre entrar espiritualmente en el pesebre para descubrir las expresadas riquezas que se encierran en el nacimiento de Jesucristo, y excitar en nosotros su piadosa memoria: *videns parvulum, cogita magnum.* (Hom. IV sup. *Missus est*, n. 13.) Esto supuesto, pregunto: ¿quién es aquel que veis en la choza de Belén? A juzgar por la impresión de los sentidos, es un tierno niño, que no se distingue de los otros hijos de los hombres sino por la mayor pobreza y humildad de su nacimiento, y el cual, luego que ha nacido, ha sido anunciado por los ángeles á los pastores, envuelto en miserables pañales y tendido en un pesebre, en cuyo triste y lastimoso estado excita la compasión de cuantos le contemplan: *videns parvulum.*

Pero apartad la vista de esta humilde escena, y elevándoos sobre vosotros mismos, reconoced con los ojos de la fe en el recién nacido al antiguo y memorable Niño, de quien predijo Isaías que llevaría su principado sobre sus hombres: ese es el admirable, el consejero, el príncipe de la paz, el padre del futuro siglo, el fuerte, el prudente, el Dios poderosísimo: *cogita magnum.* La necesidad extrema á que está reducido, la pobre paja sobre que yace, la choza ruinoso en que se alberga, la inclemencia y los rigores de la estación á que está expuesto, no son obstáculo para que os remontéis con el espíritu hasta el alto y luminoso trono, donde su eterno Padre le hizo sentar á su diestra en el cielo, hasta que venciese y supeditase á todos sus enemigos, y en el cual permanecerá eternamente. En una palabra, bajo la cubierta visible de la carne adorada la verdad y la presencia del Verbo, que en el principio era con Dios, y Dios era el mismo Verbo; el cual habiendo tomado naturaleza humana en Jesucristo, mora en ella corporalmente con la plenitud de su divinidad, mediante la íntima é incomprensible unión que la fe nos enseña y que los teólogos llaman hipostática; unión la más constante, indisoluble é inmediata (después de la que existe entre las tres Personas y la naturaleza divina) que la mente de los hombres ó de los ángeles puede imaginar. La más constante, porque mientras Dios será Dios, será también aquel hombre concebido en María, cuyo nacimiento esperamos, y lo será eternamente. La más indisoluble, porque si bien al morir Jesucristo, su cuerpo se separará de su espíritu, esto no obstante, ni el uno ni el otro se separará jamás de la divinidad. La más inmediata, porque en virtud de aquella que las escuelas llamaron comunicación de idiomas, es decir, de los respectivos atributos, adaptanse al hombre las perfecciones de Dios, y á Dios las imperfecciones del hombre; de manera que, en concepto del citado San Bernardo, debemos creer que cuantas maravillas y grandezas obra Dios en Jesucristo, las obra

el hombre, y debemos decir que cuantas penalidades y miserias padece el hombre, las padece Dios: *Quidquid in eo Deus fecit, limus fecisse credatur; quidquid limus pertulit, Deus in illo pertulisse dicatur.* (Serm. III in vig. Nativ. n. 8.) ¡Oh novedad inaudita! ¡Oh venerabilísima unión! ¡Oh estupendo misterio, sorprendente, magnífico y portentoso a los ojos de los mismos ángeles!

Pero ¿qué aprecio hacen los hombres de este misterio, y qué esfuerzos para instruirse de él? ¿Dónde están los afectos de religión sincera y de fervorosa piedad de que deberíamos estar penetrados en presencia de tan santo y venerable objeto? ¿Dónde los actos de fe viva para someter, en obsequio de Jesucristo, nuestro entendimiento y nuestra voluntad á la creencia de una verdad tan sublime? ¿Dónde el honor, el culto y el respeto debidos al Hombre-Dios? ¿Dónde, si por desgracia en nuestros días son tantos los que lo desconocen, tantos los que lo desprecian y tantos ¡ay de mí! los que hasta se atreven á renegar de él? Estos desdichados, imbuidos en sus necias preocupaciones, blasfeman de todo lo que no entienden, y la sublimidad del misterio, en vez de humillarles á creerlo, hace que lo nieguen orgullosamente, y que con libros y discursos procuren borrar su creencia. ¡Oh siglo nuestro, infeliz y tenebroso! ¿Cómo te atreves á usurpar el título de ilustrado, si cierras los ojos á la verdadera luz que ilumina á todo hombre al venir al mundo, y niegas con tus errores una verdad revelada en términos tan claros por el Espíritu Santo? *Et Verbum caro factum est.* ¿De qué te servirán tus exagerados progresos en las ciencias humanas, si ignoras las primeras fundamentales nociones de la Religión divina? Si á lo menos los que profesan esta Religión pusieran más empeño en conocer á su Fundador, y no se contentaran de tener una fe superficial y abstracta, sin tomarse el trabajo de considerar atentamente su dignidad y grandeza! ¡Oh ciegos é insensatos! ¿A quién tributaréis vuestro culto y vuestros homenajes, si no los tributáis á Jesucristo? ¿Cuál será, si no es Jesucristo, el objeto de vuestros pensamientos? Séalo, pues, principalmente en los presentes días consagrados á la memoria de su nacimiento temporal, y así como en vista de los pañales, de los vagidos y otros irrefragables testimonios creéis en su humana naturaleza, creed también en su naturaleza divina y adoradla humildemente. Estas son las primeras disposiciones necesarias para celebrar debidamente el misterio del Dios-Hombre, y alcanzar que así como nació corporalmente en Belén, renazca ahora espiritualmente en nuestros corazones. *Amen.*

CIRCUNCISIÓN DE JESUCRISTO

Postquam consummati sunt dies octo, ut circumcideretur puer, coactum est nomen eius Jesus.

Quando llegó el día octavo, en que debía circuncidarse el Niño, se le puso por nombre Jesús.

(SAN LUCAS, c. 2, v. 21.)

El ángel no fué más que un ministro escogido por Dios para traer del cielo el nombre de Jesús: que su autor fué el mismo Dios; ni otro que Dios lo pudo ser. Es decir, que Dios sólo podía imponer al Niño que acababa de nacer el nombre de Salvador, no solamente porque era necesaria para esto una autoridad superior á la de los ángeles y de los hombres, sino porque sólo Dios podía comprender perfectamente todo el sentido y toda la extensión de este santo nombre. Nombre divino, que no puede ser pronunciado con respeto sino por un movimiento particular del Espíritu Santo. Nombre venerable, á quien toda rodilla se dobla, y le adora, y al cual se humilla toda grandeza. Nombre sagrado, al que el infierno tiembla, y que hasta para hacer huir á los demonios. Nombre lleno de poder y fortaleza, y en virtud del cual se han hecho los más auténticos y más prodigiosos milagros. Nombre saludable, del cual saquen toda su eficacia los Sacramentos de la Ley nueva. Nombre todopoderoso para con Dios, y cuyo mérito grande obliga al Padre celestial á escuchar las oraciones y súplicas de los hombres. Nombre glorioso, llevado en triunfo por los apóstoles á los gentiles y á los reyes de la tierra. Nombre, por cuya confesión han tenido los Santos por un honor y una felicidad padecer las más crueles afrentas, y ser expuestos á todos los ultrajes. En fin, nombre incomparable y único, pues no hay otro debajo del cielo, por el cual podamos ser salvados. Tal es el nombre, amados oyentes míos, que recibe hoy el Hijo de María. Pero ¿por qué este nombre tan augusto (pregunta San Bernardo) está unido á la Circuncisión, pues parece

que la Circuncisión conviene más bien al que necesita ser salvado, que no al mismo Salvador? ¿Qué conexión hay entre estos dos misterios? ¿Por qué se espera á que sea circuncidado el Niño para darle el nombre de Salvador? ¿Y qué relación puede tener el nombre de Salvador, con la circuncisión del Niño? Esta es la importante cuestión que intento resolver, y que servirá de fundamento á este discurso, en el que voy á instruirlos de las verdades más esenciales de la cristiandad. Para esto necesito la protección y socorro del cielo, y no puedo alcanzarla sino por la intercesión de Maria, que fué llena de gracia. *Ave María.*

Para hacer que prontamente comprendáis el misterio que celebramos, y para daros de él una idea justa, me represento hoy al Hijo de Dios con dos cualidades diferentes, que la Escritura le atribuye, y que reunidas en su persona han hecho (si se me permite explicar de este modo) todo el plan de su Religión. Yo lo considero con San Pablo, como que da fin y perfección á la antigua Ley, y como que funda é instruye la Ley nueva. Como que da fin y perfección á la antigua Ley, obedece á la Ley; y como que funda una Ley nueva, establece y pone su Ley. Como que da fin y perfección á la antigua Ley, perfecciona y cumple perfectamente con la circuncisión de los judíos; y como fundador de la Ley nueva, viene á publicar otra circuncisión más perfecta, que es la de los verdaderos cristianos. En una palabra, como que da fin y perfección á la antigua Ley, él mismo es circuncidado según la carne; y como fundador de la Ley nueva, nos enseña y obliga á ser circuncidados en el espíritu y en el corazón. Ved, amados oyentes míos, á lo que está reducido todo el misterio de este día. Porque es cierto, que sujetándose Jesucristo á la circuncisión de los judíos, empezó desde entonces á hacer de su parte todo lo que podía hacer un Dios-Hombre para salvarnos; esta es mi primera proposición; y porque es igualmente cierto que, estableciendo la circuncisión evangélica, nos enseña, como legislador y Maestro, todo lo que debemos hacer de nuestra parte para merecer nosotros ser salvados; esta es mi segunda proposición.

Sujetándose á la circuncisión de la antigua Ley, se manifestó el Hijo de Dios verdaderamente Salvador; y hablando propiamente, en el misterio de este día empezó á ejercer el oficio de tal. Escuchad las pruebas de ello. En el instante que fué circuncidado, se halló en una disposición próxima y necesaria para poder ser la víctima del pecado. En el instante que fué circuncidado, ofreció á Dios las primicias de su preciosa sangre, que había de ser el remedio del pecado. En el

instante que fué circuncidado, y en virtud de su circuncisión, se obligó á derramar esta misma sangre más abundantemente en la cruz para la reparación entera del pecado. A estas tres cosas estaba vinculada la redención del mundo, y de ellas, como nos asegura la fe, dependía la salvación de los hombres.

En el instante en que el Hijo de Dios fué circuncidado, se halló con la disposición próxima y necesaria para poder ser la víctima del pecado, y, de consiguiente, para ser perfectamente Salvador; porque para salvar al hombre, que había incurrido en la desgracia de su Dios, era necesario satisfacer á Dios según todo el rigor de justicia; Dios lo quería así, y este es un punto de Religión que no puede disputarse. Para ofrecer á Dios esta satisfacción rigurosa, era necesario que hubiese un sujeto capaz de padecer y morir; la cruz y la muerte eran los medios escogidos á este fin en el consejo de la sabiduría eterna. Todas las Escrituras nos enseñan esto. Para ser capaz de padecer y morir, era necesario á lo menos tener la señal del pecado; este es un punto evidente, sobre el cual se funda toda la teología de San Pablo. Esta señal del pecado no había de ser impresa en la inocente carne de Jesucristo sino por la circuncisión santa; y con efecto la circuncisión, por más santa que la concibamos en la persona del Salvador, era por sí misma, y según la institución divina, el Sacramento y sello de la justificación de los pecadores. ¿Qué se infiere de esto? Vosotros adivináis ya mi pensamiento. De esto se infiere, que antes que Jesucristo fuera circuncidado, le faltaba (explicándolo de este modo) una condición sin la cual no podía ser la víctima del sacrificio sangriento y doloroso, que exigía Dios para nuestra redención.

Para salvar á los pecadores (esto os admirará, católicos; pero es nuestra religión la que expongo), para salvar á los pecadores era necesario un justo; pero un justo (dice San Agustín) sobre el cual pudiera recaer la maldición que trae consigo el pecado, y el castigo que le corresponde. Este justo era Jesucristo: él no había de ser pecador, porque como tal hubiera sido despreciado por Dios; no era bastante que fuese justo, porque como tal, no hubiera podido ser objeto de las venganzas de Dios; sino en calidad de mediador, debía aunque exento del pecado, y aunque impecable por sí mismo, tener una especie de medio entre la inocencia y el pecado; y este medio entre la inocencia y el pecado (añade San Agustín) era que tuviese la señal del pecado. Así era necesario que Jesucristo en la realidad fuese justo, y que en la apariencia fuera pecador; que en la realidad fuese justo para poder justificar á los hombres, y que en la apariencia fuera pecador para poder atraer sobre sí los castigos de Dios. Porque Dios,

aunque estaba tan irritado contra los hombres, no podía tomar satisfacción en Jesucristo, mientras no veía en él más que justicia y santidad; y esta santidad irreprochable de Jesucristo, por más deseos que tuviera de expiar nuestras culpas, le hacía incapaz de padecer por nosotros la pena. ¿Qué hace pues? Toma la forma y semejanza de pecador, y de este modo se pone en estado de ser sacrificado por los pecadores; y por esto dice San Pablo, que le envió Dios vestido de una carne semejante á la del pecado: *Deus Filium suum mittens in similitudinem carnis peccati* (1). De esta expresión se valían los maniqueos para inferir que Jesucristo no había tenido sino una carne aparente, pero al contrario los Padres se valían de las mismas palabras para combatir la herejía de los maniqueos, y para probar contra ellos la verdad y la realidad de la carne de Jesucristo. En efecto (como discurre San Agustín) el Apóstol no dice precisamente que Dios envió á su Hijo con la semejanza de la carne: *In similitudinem carnis*. Entonces se seguiría que Jesucristo no había sido verdaderamente hombre, y esto sólo derribaba el fundamento de toda la cristiandad; sino dice, que Dios le envió con una carne semejante á la del pecado: *In similitudinem carnis peccati*, para manifestar que la carne de Jesucristo tuvo la apariencia y señal del pecado, sin haber jamás contraído la mancha de él, y esto es lo que debemos creer. No era necesario más (continúa San Agustín) para que Jesucristo estuviese en estado de padecer por nosotros; porque hay (dice este santo doctor) entre Dios y el pecado una oposición tal, que la apariencia sola de la culpa fué bastante para obligar á Dios á no perdonar aun al santo de los santos, y para determinarse á ejecutar en la carne inocente de Jesucristo la sentencia de nuestra condenación. Si, hermanos míos, porque este Dios-Hombre está cubierto con la sombra de nuestras iniquidades le entregará Dios á la muerte, y á muerte de cruz; y porque ha consentido en parecer culpable, será tratado como si lo fuese. Vosotros diréis al escuchar la Escritura, que Jesucristo á consecuencia de este misterio, no solamente fué pecador, sino el pecado mismo, por que tomó el carácter y señal de él: *Eum, qui non noverat peccatum, pro nobis peccatum fecit* (2). Estas son las expresiones de San Pablo, que entendidas á la letra pudieran escandalizarnos; pero en un sentido católico expresan una de las verdades más cristianas y de mayor edificación. Aquel que no tenía pecado fué por nosotros hecho pecado; esto es, aquel que no tenía pecado, pareció delante de Dios como si hubiera sido el pecado mismo, y fué tratado por Dios como pudiera merecer serlo el mismo pecado, que subsistiera.

(1) *Rom.* 8, v. 3. (2) *2, Cor.* 5, v. 21.

¿En qué instante de la vida del Salvador se vió exacta y especialmente cumplida la verdad de esta proposición que tanto nos admira; y cuándo puede decirse que Jesucristo se presentó á los ojos de su Padre por la primera vez, como si hubiera sido el pecado mismo? En el instante de su circuncisión. Desde su nacimiento era hombre, pero entonces nada tenía de común con los pecadores. Su encarnación fué la obra por excelencia del Espíritu Santo; su generación en las entrañas de una doncella siempre virgen, y su entrada milagrosa en el mundo, todo esto apartaba de él las menores apariencias del pecado. Pero hoy (dice San Bernardo) que se sujeta á la Ley de la circuncisión, parece pecador, porque esta Ley no fué hecha sino para los pecadores. Este es el modo con que el Hijo de Dios, queriendo ser circuncidado, se pone en la disposición próxima y necesaria para salvar á los hombres.

Pero ¿se contenta con esto? No, cristianos; su caridad se extiende á más; no se contenta con hallarse en estado de salvarnos, pues quiere desde hoy hacer la prueba y ensayo de ello; y en su circuncisión halla el medio. ¿Y de qué modo? Ofreciendo á Dios las primicias de su sangre, que ha de ser el precio de nuestra salvación. Es verdad (dicen los teólogos) que la menor acción del Hijo de Dios, atendida la dignidad de su persona, podía bastar á redimirnos y rescatarnos; pero en el orden de los decretos divinos, y de esta rígida satisfacción á que se había sujetado, era necesario que le costase su sangre. Así estaba determinado en el Consejo de Dios, que el pacificaría con su sangre el cielo y la tierra, y que con su sangre nos reconciliaría con su Padre, y que el tratado de paz entre Dios y nosotros, no empezaría á ratificarse, sino cuando hubiera empezado á correr la sangre del Redentor. Por eso él mismo la llamaba la Sangre de la nueva alianza. Por esto estaba dispuesto que en la misma Ley de gracia no sería perdonado pecado alguno sin la efusión de sangre, que sola la sangre de Jesucristo tendría la virtud de purificarnos y lavarnos. *Sanguis Jesu-Christi Fili ejus emundat nos ab omni peccato* (1). Por eso nos enseña la fe que la Iglesia, como Esposa de Dios Salvador, debía pertenecerle y tocarle por el derecho de conquista; pero que este derecho no estaría fundado sino en la adquisición que hubiera hecho de él con su sangre. *Ecclesiam quam acquisivit sanguine suo* (2). Aquí es, pues, donde se ejecuta y realiza la condición, y cuando veo debajo del enchillo de la circuncisión á este Dios recién nacido, puedo decirnos mucho mejor que Moisés: *Hic est sanguis fœderis, quod pepigit Dominus vobiscum* (3). Esta es la sangre

(1) *1, Joan.* I, v. 7. (2) *Act.* 20, v. 28. (3) *Exod.* 24.

del Testamento y de la alianza que Dios ha hecho en nuestro favor. Propiamente es en este día, cuando empieza la redención del mundo, y cuando el Hijo de Dios toma posesión de la cualidad de Salvador, pues que en este día hace las primeras funciones de tal, y entra en el Santuario, no ya con la sangre de las víctimas, sino con su propia sangre, verificándose á la letra estas palabras del Apóstol: *Per proprium sanguinem introiit in sancta*. Los profetas y sacerdotes de Baal, en la célebre disputa que tuvieron con Elias, se herian á sí mismos para honrar á su Dios con un celo supersticioso, hasta quedar bañados y cubiertos de su sangre. Pero hoy vemos á un Dios, que por el exceso de una caridad ardiente se hace circuncidar para salvar á su pueblo. ¡Oh! y qué oposición se halla entre Jesucristo y Baal, ó más bien entre los adoradores de Baal y los del verdadero Dios! En el templo de Baal, los hombres derramaban su sangre por su Dios; y en el templo del verdadero Dios, el mismo Dios derrama su sangre por los hombres. Allí un pueblo idólatra despedazaba sus carnes para agradar y complacer á una divinidad falsa, y aquí el Dios encarnado no perdona su propia carne para hacer un pueblo fiel. Una sangre impura ofrecida á Baal es el misterio de la impiedad, y la sangre de un Dios que nos purifica, es el misterio del divino amor. Jesucristo nada dejó de hacer para salvarnos, porque era nuestro Dios; y no podemos dudar que sea nuestro Dios, porque á costa de su misma sangre ha querido salvarnos.

No obstante, me diréis que la salvación del mundo no estaba unida á la circuncisión del Hijo de Dios, sino á su muerte. Convento en ello, amados oyentes míos; pero confesad también, y acordaos de lo que yo añadí, esto es, que la circuncisión fué para el Hijo de Dios un empeño y obligación de morir. Acordaos de que en el instante que fué circuncidado, se obligó solemnemente á consumir sobre la cruz el sacrificio sangriento, del que entonces no cumplía sino la primera obligación, y por esto reconoceréis conmigo, que la salvación del mundo tuvo una conexión esencial con nuestro misterio. El cumplimiento, pues, de la ley, respecto de Jesucristo, era la muerte del mismo, porque Jesucristo era el fin de la Ley: *Finis enim Legis Christus* (1). Y no debía ser el fin de la Ley, sino por la consumación del sacrificio de su santa humanidad. Por eso, desde el instante que se sujetó á ser circuncidado, se obligó por un pacto solemne á ser crucificado y á morir, y la razón es, porque su crucifixión y su muerte eran el término y como la disolución de toda la Ley cuyo peso se im-

(1) *Rom. 10, v. 4.*

ponía, y de la que (según la expresión del Apóstol) venía á ser por su circuncisión deudor universal: *Debitor universæ legis faciendo*.

Concluyamos, según San Bernardo, con que el nombre de Jesús se le ha dado con justicia. Jesucristo empieza á tomar la cualidad de Salvador en el instante mismo que empieza á ejercerla. En el instante mismo que nace se entrega para la salud de los suyos, y para adquirirse un nombre inmortal, que es el nombre de Jesús. Por esto ha amado tanto este nombre; este nombre ha sido para él una recompensa proporcionada á todos los abatimientos de su circuncisión y á todos los trabajos de su vida. Por esto quiso tenerle sobre la cruz, como una diadema de honor; y habiendo sufrido que los judíos le rehusasen delante de Pilatos el título de rey, no permitió jamás que le disputasen el nombre de Jesús. Por esto hizo extender y publicar por toda la tierra este santo nombre, este nombre grande y este nombre augusto; porque nada hay más natural que gloriarse de los nombres que se han adquirido con su virtud y mérito, mucho más que de los que se tienen por casualidad ó por la fortuna del nacimiento. El Hombre-Dios alcanzó y tiene el nombre de Jesús á título de conquista: él se lo mereció salvando á los pecadores, y empezó á salvarnos queriendo derramar su sangre y sufrir la ley de la circuncisión.

¡Pero qué, Dios mío! ¿Era tanta gloria para vos el rescatar á unos esclavos viles? ¿Halláis tanta grandeza en abatiros tan profundamente por ellos? ¿Valen los hombres el precio de una sangre como la vuestra? Si, amado cristiano, esto es lo que valia tu alma, y lo que valia en el juicio de tu Dios; así la estimó, y dando su sangre por ella, no creyó dar demasiado; porque su amor, aunque es tan liberal, no es pródigo. Siempre gobernado por su sabiduría, conforma los medios con el fin, y pues un Dios padece por nuestra salvación, es necesario que nuestra salvación sea el precio justo de los trabajos de un Dios. ¿Pero qué debemos hacer para esto? Cooperar con Jesucristo á la obra de nuestra salvación. ¿Y de qué modo ha de ser esto, me diréis? No salgamos de nuestro misterio para aprenderlo; porque si Jesucristo empezó en este misterio á salvarnos, por la obediencia que tuvo á la ley de la antigua circuncisión, nos dió también en él un medio seguro para ayudarnos á que nosotros mismos nos salvemos en la ley que ha establecido de la nueva circuncisión.

Una circuncisión no solamente exterior, sino que penetra (por decirlo así) hasta lo más interior del alma. Una circuncisión que no se hace por mano de hombres, sino que es obra de Dios, y que santifica al hombre delante de Dios. Una circuncisión que no consiste en per-

der ni despojarse de la carne, sino en la renuncia a los vicios y concupiscencias de la carne. Una circuncisión, de la que el espíritu y el corazón son los dos principios, igualmente que los dos objetos; los dos principios, porque la han de hacer ellos; y los dos objetos, porque en ellos se hace; esto es, una circuncisión del corazón que se hace no según la letra, sino según el fervor del espíritu. Estas son, amados oyentes míos, las santas, pero elegantes y vivas expresiones de que se valió el grande Apóstol para definir lo que yo llamo *nueva circuncisión* ó *circuncisión evangelica*. Esta es la idea que de ella ha concebido; y por esto, dice San Juan Crisóstomo, nos ha manifestado la esencial diferencia y grande perfección del culto cristiano, comparado con el de los judíos y paganos; porque los paganos (dice este Padre) observan y dan un culto á un tiempo mismo carnal y falso; los judíos en sus ceremonias observaban uno igualmente grosero que carnal; los cristianos tienen la ventaja en su religión de tener juntamente un culto verdadero y espiritual. De esta verdadera circuncisión es de la que voy á hablarlos. Os pido que antes atendáis un instante. ¿Qué es lo que hace hoy el Hijo de Dios para enseñarnos cómo debemos cooperar á la obra de nuestra salvación? El nos propone un medio tan divino como indispensable y necesario, cual es esta misteriosa pero real circuncisión del espíritu y del corazón. De esta circuncisión nos hace una ley, cuyo precepto nos explica y cuyo uso nos facilita; tres cosas que son para nosotros otras tantas gracias que nunca estimaremos como se debe, y por las cuales le debemos un eterno reconocimiento.

El nos propone la circuncisión del corazón y nos hace una ley de ella; porque no abolió la antigua circuncisión, ó para hablar con más exactitud, la antigua circuncisión no acabó en él, sino porque estableció la nueva; y como dice San Agustín, no tomó la sombra y la figura, sino porque llevaba la luz y la verdad. La luz y la verdad era, el que todos nosotros fuéramos circuncidados en el corazón, así como los judíos lo eran según la carne. Circuncisión del corazón, es decir, que debemos dejar enteramente los deseos vagos é inútiles, los deseos inquietos y extravagantes, los deseos desarreglados y sin moderación, los deseos carnales y mundanos, y los deseos culpables é ilícitos, que nacen en el corazón y le corrompen. Así lo entendió San Pablo; y porque estos deseos perniciosos nacen en nosotros de los vanos objetos que nos emblesan, de los falsos intereses que nos ciegan, y de las ocasiones peligrosas que nos arrastran y pervierten; esta circuncisión del corazón debe ser una entera separación de estos objetos, una renuncia perfecta de estos intereses, un desvío y separación saludable de estas ocasiones.

El nos propone la circuncisión espiritual ó la circuncisión del corazón como un medio que indispensablemente se requiere para la salvación; porque ¿qué cosa es más necesaria para la salvación que arrancar, sofocar, mortificar y destruir en nosotros el origen y principio de nuestra condenación? El origen de nuestra condenación está en nuestro corazón, y cualquiera que lo busque en otra parte, no le conoce, ni se conoce á sí mismo. Del corazón (decía á sus discípulos nuestro divino Maestro, explicándoles la parábola cuyo sentido no entendían), del corazón nacen los malos pensamientos, las acciones viles y los deseos injustos y violentos; del corazón nacen las traiciones, las alevosías y homicidios, los robos y falsos testimonios, las murmuraciones, las desenvolturas y los adulterios. En el corazón es donde todo esto se forma y engendra, y esto es lo que pierde al hombre y le condena: *De corde exeunt cogitationes, adulteria, furta* (1). Es menester, pues, que el corazón sea circuncidado, si queremos hacerle un corazón cristiano, un corazón purificado de la iniquidad del siglo, y un corazón capaz de participar de la gracia de la redención; y es necesario que todo lo corrompido, maligno, vicioso y contagioso, que hay en este corazón, se separe y destruya por una mortificación sólida, y que estemos bien persuadidos, á que sin esto es un corazón reprobado por Dios. Esto es también, amados oyentes míos, lo que me manda Jesucristo que os anuncie en su nombre. Es verdad que San Pablo, instruyendo á los gentiles que se convertían á la Cristianidad, les decía que si se hacían circuncidar, aunque Jesucristo había venido á salvarlos, de nada les serviría: *Ecce ego Paulus dico vobis, quoniam si circumcidamini, Christus vobis nihil proderit* (2). Porque, en efecto, después de la publicación del Evangelio, la circuncisión de la carne les era á lo menos un obstáculo para su salvación. Pero, con todo, yo os digo lo contrario hablando de la circuncisión del corazón; esto es, que si no la practicáis generosamente, y si no la observáis con fidelidad, este Jesús que invocáis hoy, aun siendo como es Dios y Salvador, no os salvará y no será para vosotros Jesús.

La mortificación universal de las pasiones, la mortificación sin reserva y sin restricción alguna, es á lo que yo llamo circuncisión en Jesucristo: *In quo est circumcissus sumus*. Este es el precepto nuevo que establece. Esta es la admirable y santa ley de que había de ser legislador, esto es, la ley de la circuncisión de los corazones. Pero no se contentó con establecerla, quiso explicarla con su ejemplo, y esto es lo que hace en este misterio de un modo enteramente divino.

(1) *Matth.* c. 15, v. 19. (2) *Galat.* 5, v. 2.

En efecto, me preguntaréis: ¿á qué se reduce esta circuncisión nueva y tan necesaria para la salvación? Para comprenderlo bien, consideremos por menor lo que pasa en la circuncisión del Salvador. Su ejemplo nos manifiesta lo que principalmente debemos nosotros cercenar en nosotros mismos, ó más bien, lo que la gracia debe disminuir en nosotros á costa de la naturaleza y de las inclinaciones corrompidas de nuestro corazón. En la circuncisión de Jesucristo hallamos las cuatro pasiones más dominantes y más difíciles de vencer, perfectamente sacrificadas y sujetas á Dios; como son, la de la libertad, la del interés, la del honor y la del deleite: la de la libertad, en la obediencia que da este Hombre-Dios á una ley que no le obligaba (os pido que no olvidéis esta circunstancia); la del interés, en el despojo y desnudez en que quiere manifestarse; la del honor, en el carácter ignominioso del pecado cuya afrenta quiere pasar; y, en fin, la del deleite, en esta operación sangrienta y dolorosa que sufre. Tales son, amados oyentes míos, las obligaciones más esenciales de una circuncisión cristiana: comprendedlas bien. Para ti ¡oh mundano! consiste esta circuncisión del espíritu en separar de tu corazón el amor de la independencia y el desorden de una voluntad libre, que á nada quiere sujetarse, que sigue sólo sus ideas y capricho, á quien la regularidad más dulce y suave viene á ser insoportable, desde que es una cosa arreglada; principalmente consiste esta circuncisión en separar de vuestra conducta y proceder la facilidad infeliz de dispensarse á su antojo de las leyes, de interpretarlas á su favor; de creer que son para los demás y no para nosotros; de suavizar su yugo con mil artificios que el espíritu del mundo sabe sugerir muy bien; ponerle límites y no querer observar de él sino lo muy preciso y necesario, y abandonar toda perfección, contentándose precisamente con lo que es obligación; máxima que en nada puede sostenerse, y que es la más perniciosa para la salvación. Porque sin haceros reflexionar cuán indigno es tratar con Dios de ese modo; sin hacer que temáis la consecuencia funesta á que os exponéis, obligando á Dios por este medio á que os trate con todo rigor, y que no os conceda sino aquellas gracias comunes que su providencia general no niega aun á sus mayores enemigos; sin hablar de la consecuencia terrible que se seguiría de esta negación de las gracias especiales y auxilios extraordinarios, que Dios está mucho menos obligado á darla, que lo estamos nosotros á hacer en servicio suyo lo que llamamos obra de supererrogación: sin decir nada de todo esto, cristianos, intento convenceros de que queriendo hacer todo lo que la ley os permite, no evitaréis jamás exponeros á mil cosas que la ley no os permite. Y la razón es, por-

que en el discernimiento que hagáis de las cosas permitidas y no permitidas, os lisonjearéis, os cegaréis y os engañaréis á vosotros mismos, y porque para mí es evidente que, aun cuando no os engañéis, os arrastrará vuestra pasión y no tendréis toda la fortaleza, ni seréis jamás tan dueños de vosotros mismos, que os contengáis exactamente en lo que os permite la ley, sin pasar á más. Pero éste (me diréis) es un comercio y un tratado inocente, es un entretenimiento honesto y es una diversión que nada tiene de pecaminosa; no importa eso, amados oyentes míos; cortadla y separaos de ella. Cuando un cirujano hábil quiere curar una llaga encancerada, hace cortar también la carne viva para que el contagio no se comunique. Y vosotros no debéis tener menos cuidado con la salud de vuestra alma, que el que se tiene con la salud y sanidad del cuerpo.

Es necesario que os arméis con este cuchillo ó espada, que el mismo Salvador del mundo ha traído á la tierra; ó para hablar más sencillamente, ved á lo que debe extenderse esta circuncisión, de que Jesucristo ha querido ser el modelo: sin ella no hay medio alguno de salvarse.

Luego para salvarse es necesario morir á sí mismo. ¿Dudáis de esto, amados oyentes míos? ¿No nos lo declaró expresamente el Hijo de Dios, cuando nos dijo que para ser sus discípulos y dignos de ser suyos, era necesario renunciarlo todo y llevar su cruz? ¿San Pablo no nos dice, que sin la mortificación cristiana no se puede tener parte en la herencia de Dios, ni reinar con Jesucristo? ¿Y no es esto lo que nos hace comprender admirablemente San Agustín en el libro trece de la *Ciudad de Dios*? Las palabras de este padre son dignas de toda atención. Habla allí de la obligación que tenían los mártires de morir por su fe; pero lo que dice conviene perfectamente á mi asunto, y puede aplicarse con mucha naturalidad á la muerte de las pasiones. Si, hermanos míos (así se explica este santo doctor), necesario es morir al mundo para vivir con Dios. En otro tiempo se dijo al primer hombre, tú morirás si pecas; pero ahora se dice á los fieles: morid para no pecar. Lo que entonces era necesario tener para no pecar, es menester desearlo ahora y ejecutarlo para preservarse del pecado. La fe nos enseña que si nuestros primeros padres no hubieran pecado, no hubieran muerto, y la misma fe nos enseña que aun los más justos pecarán, si no mueren. Aquellos murieron porque quisieron pecar, y éstos no pecan porque quieren morir. Así, pues (concluye San Agustín), Dios ha dado tantas bendiciones á nuestra fe, que la muerte misma, que destruye la vida, ha llegado á ser un medio para entrar en la vida.

No ignoro, finalmente, que esta circuncisión que os pido tiene sus dificultades y cuesta trabajo; es verdad que es difícil; convengo en ello; pero como Jesucristo nos hace de ella una ley y nos explica su obligación, nos facilita también el uso de ella, y esto lo ejecuta por la virtud misma de la sangre que empieza á derramar. Porque esta divina sangre lleva consigo una duplicada gracia; esto es, una gracia interior y otra exterior. La gracia interior es la gracia del Salvador, la gracia que el mismo Salvador de los hombres nos ha traído; la gracia que nos ilumina el espíritu y nos hace conocer nuestras obligaciones; que nos mueve el corazón y nos las hace amar, y la gracia fuerte y victoriosa que refrenaba en San Pablo el estímulo de la carne, que con tanta violencia le atormentaba; que sostenía á los mártires contra todo el horror de los tormentos, y que sola ella basta para fortalecer nuestra flaqueza. La gracia exterior es la de este mismo ejemplo con que Jesucristo nos explica su ley, nos anima á cumplirla; porque á la vista de la sangre que él ha derramado, ¿con qué pretexto podemos paliar nuestra flojedad y tibieza? ¿Qué nos pide, que iguale á lo que ha hecho? Y, como dice San Bernardo, el remedio que nos presenta no puede parecernos amargo, después que él mismo lo ha tomado antes que nosotros y por nosotros.

Tiempo es ya, cristianos, de que despertemos del profundo sueño en que nuestra fe se halla sepultada. Santifiquemos este año, y hagamos que sea para nosotros un año de salvación. El pasará; pero lo que jamás pasará, es la recompensa eterna que os está prometida, y que yo os deseo. *Amén.*

DE LA CIRCUNCISIÓN

Postquam circumcissus est puer, vocatum est nomen ejus Jesus.

Y después que pasaron los ocho días para la circuncisión del Niño, se le impuso el nombre de Jesús.

(S. LUCAS, c. 2, v. 21.)

¿Qué cosa de mayor humillación para Jesucristo, que su obediencia á la ley de la circuncisión? La independencia es propia de la Divinidad; y como el Verbo eterno, en cuanto Dios, ni es inferior, ni está sujeto al Padre, se hizo hombre para obedecerle y poderle decir con verdad: yo soy tu siervo é hijo de tu sierva: *Ego servus tuus, et filius ancille tue* (1). Así desde su primera entrada en el mundo dice al Padre celestial: heme aquí pronto á hacer vuestra voluntad: yo la abrazo y la obedezco con todo mi corazón. Mas en el misterio del día hace pasar esta ley de su corazón hasta su cuerpo, y grabándola con caracteres de sangre, se conforma á llevar de por toda su vida la muestra vergonzosa de pecador y de esclavo.

¡Oh alteza de los misterios del Señor! Protesta por boca de David, que á ninguno cederá su gloria, y vemos, sin embargo, que el Hijo de Dios se despoja de ella en cierto modo en la circuncisión, donde se humilla mucho más, para decirlo así, que por la muerte de cruz. En efecto, en esta ocasión sufre y padece como una víctima inocente, inmolada por la salud del pecador; pero en la circuncisión los caracteres aparentes del pecado le deshonran en el concepto de los hombres. Padece como si fuera culpable, obedece como si fuera pecador, se sujeta, como si fuese criminal, al remedio del pecado, derramando las primicias de su sangre por precio inestimable de la redención del hombre.

(1) *Psalm.* 115, v. 16.

Das cosas principalmente debemos aquí reflexionar, que no sólo son á propósito para descubrir el fondo del misterio del día, sino para instruirnos en el espíritu de la moral cristiana. La primera es la incisión dolorosa que sufre nuestro Salvador; y la segunda, el nombre de Jesús que se le da. ¡Nombre misterioso! tan conforme al ministerio de quien lo recibe, como la ceremonia que lo acompaña. En efecto, esta circuncisión exterior ¿qué otra cosa denota que el carácter interior que imprime el bautismo en la substancia de nuestras almas? El nombre asimismo de Jesús ó Salvador ¿qué otra cosa indica, que la conformidad que debe haber entre el carácter y la vida del cristiano? Reuniendo pues estas ideas os haré ver, primero, que los signos exteriores de la circuncisión judaica nos representan los caracteres de la circuncisión evangélica; y segundo, que como el Salvador del mundo cumplió perfectamente con los deberes propios del nombre de Jesús, nosotros debemos observar las obligaciones inseparables del nombre de cristianos: dos breves reflexiones dignas de esta cátedra y de vuestra atención. Pidamos las luces del Espíritu Santo por la poderosa intercesión de María Santísima. Saludémosla humildes con el ángel. *Ave María.*

Ordenó Dios la circuncisión al padre de los creyentes Abraham, como un signo eterno de la alianza que con él hacia. Mandó se extendiese á su posteridad, como una señal indeleble que los distinguiera de los demás pueblos; y como el antiguo Testamento no fué más que figura del nuevo, según el Apóstol, la circuncisión, ceremonia tan notable en la ley de Moisés, debía figurar en la de gracia una excelente realidad. Ella, en efecto, dice San León, denotaba la circuncisión interior que debe hacer en su corazón todo fiel cristiano; pues si todo el aparato exterior de sacrificios, libaciones y holocaustos, que ordenó Dios en el Levítico observaran los judíos, debía ir acompañado de aquel espíritu interior, sin el cual no hay religión, ¿cuanto más en la ley de gracia deberemos adorar al Señor en espíritu y verdad? En ella la realidad ha sucedido á las figuras y á las sombras, y en lugar de la letra que mata, según el Apóstol, ha adoptado el espíritu que vivifica; ha ahollido, digo, la circuncisión judaica, pero sin abolir la cristiana; tanto más excelente, cuanto lo es la ley nueva respecto de la de Moisés. Esta circuncisión evangélica consiste en la mortificación de los sentidos y en el desprendimiento del espíritu del mundo.

La circuncisión del corazón consiste principalmente, según los Padres, en la destrucción del hombre animal, y en la mortificación

de esta concupiscencia, que el Apóstol llama *cuerpo del pecado* (1); de esta ley de los miembros, que se opone á la del espíritu; de este horno de Babilonia, como se explica San Cipriano, cuyas vivas llamas causan notable ruina á nuestras almas. Los infantes eran circuncidados, dice este Padre, para que la sangre corrompida de Adán, que corría por sus venas, fuese purificada por la que derramaban en aquella santa ceremonia; y para que por medio de esta primera prueba de sufrimiento, que se les hacia sentir desde la cuna, aprendiesen á combatir el placer de los sentidos por medio del dolor y la austeridad de una vida mortificada.

He aquí, señores, en suma, la idea de la circuncisión interior que os predico, cuya obligación no es menos urgente que lo era la exterior ó judaica en la ley de Moisés. Echad la vista sobre las páginas del Evangelio, y las hallaréis sembradas de pruebas de esta verdad. *El que no lleva mi cruz*, dice el Salvador (2), *no es digno de mí.* El Apóstol nos dice, *que la viuda que vive en delicias, está muerta* (3); nos intima asimismo, *que mortifiquemos nuestros miembros sobre la tierra* (4); y él castiga rigurosamente su cuerpo, y lo reduce á servidumbre (5). Declara, en fin, que todos los discípulos de Jesucristo deben crucificar su carne con sus concupiscencias: *Qui sunt Christi, carnem suam crucifixerunt cum vitis et concupiscentiis* (6).

Además, ¿cuál fué el pecado de aquella ciudad abrasada con fuego del cielo? decía Ezequiel á la casa de Judá. Hijas del siglo, que os lisonjeáis de poder hermanar esta vida muelle y sensual, en que estáis sumergidas, con el nombre de cristianas, oid con estremecimiento las terribles palabras de este profeta: ¿Cuál fué la iniquidad de esta ciudad, cuyo nombre solo causa horror, sino el orgullo y exceso de las mesas, la abundancia y ociosidad de sus hijas? Ellas no alargaban su mano al indigente y al pobre; se llenaron de soberbia y cometieron abominaciones en mi presencia (7).

¡Con cuánta razón, pues, podría yo renovar el lamento de Jeremías, cuando dice que todos los de la casa de Israel son incircuncisos de corazón! ¡Insaciable concupiscencia! tú exaltas la ambición de éste; tú obras secretamente bajo la aparente modestia del otro; tú nutres la envidia oculta de los unos; tú fomentas el orgullo de los grandes, y causas las murmuraciones del plebeyo; tú... Para corregir estos crímenes, clama la Iglesia en este día: *la gracia de nuestro Salvador se ha manifestado, para que renunciando de la impiedad y de*

(1) *Rom.* c. 6, v. 6. (2) *Math.* c. 10, v. 38. (3) *I. Timoth.* c. 5, v. 6.

(4) *Coloss.* c. 3, v. 5. (5) *I. Cor.* c. 9, v. 27. (6) *Galat.* c. 5, v. 24.

(7) *Ezech.* c. 17, v. 49 et 50.

seos del siglo, vivamos sobrios y castos, circuncisos de corazón y en perfecta caridad.

¿Pero qué mundo es éste, podrá decir alguno, cuya renuncia y desprendimiento tantas veces se proclama, y a quien Jesucristo en su Evangelio cubre de anatemas? Oíd á San Agustín. Este mundo, dice, es la reunión de los amadores del mundo. Este mundo es todo aquello que puede tener en nuestro corazón el lugar que debe ocupar sólo Dios. Mundo criminal! mundo réprobo! mundo por el cual no oró Jesucristo. ¿Mas cómo conoceremos, añadís, si amamos este mundo detestable? Ah! nada más fácil, señores. Los que vivís en una condición mediana, ¿suspiráis y anheláis por las grandezas y honores que no poseéis? Vosotros sois de este mundo. ¿Meditáis con amargura los caminos de enriqueceros y elevaros? Vosotros sois de este mundo. ¿Os dejáis arrastrar de las pompas y vanidades del siglo? Vosotros sois de este mundo. ¿Estáis prontos á aceptar la persona del rico en perjuicio del pobre, ó miráis con desprecio á los que yacen en obscuridad y hajeza? Vosotros sois de este mundo. ¿Miráis con desprecio á los que han renunciado de las pompas del siglo, de sus vanidades y diversiones profanas? Vosotros sois de este mundo. ¿Incensáis á los ídolos que os habéis formado en vuestras pasiones, ó hincáis una rodilla á Dios y otra á Baal? Vosotros sois miembros de este mundo réprobo, y vuestra aparente justicia, vuestro celo estoico es objeto de abominación á los ojos de Dios, y sólo á propósito para conducirlos al abismo. Vosotros sois árboles infructuosos y estériles; ocupáis en vano la tierra, y á pesar de vuestra frondosidad aparente y exterior religioso, sólo sois aptos para el fuego eterno.

Temblad pues los que aplicados únicamente á las observancias exteriores de la Religión y celosos de vuestras tradiciones, violáis el gran precepto del amor divino, que prohíbe expresamente servir á dos dueños, porque el Señor vuestro Dios es muy celoso de su honra, y á nadie cede su gloria. Vendrá un día en que esta cizaña desgraciada, que tan profundas raíces ha echado en el campo de la Iglesia, será atada en manos y arrojada por pábulo de las llamas eternas, al paso que el buen grano será encerrado en los graneros del padre de familias.

Mas para obtener esta felicidad y evitar el último fallo de la cizaña, es necesario, señores, que circuncideis vuestro corazón por la penitencia, por la renuncia del mundo réprobo, de sus pompas, vanidades y soberbia de la vida. Este es el sacrificio que debéis hacer, teniendo presente á Jesucristo, que recibe en este día la mortificación de la circuncisión judaica, para instruirnos en los cargos que impone

la ley evangélica. Ni perdamos de vista, que recibiendo el nombre de Jesús, que se interpreta Salvador, derrama las primicias de su preciosa sangre, para enseñarnos á cumplir los deberes de cristianos, que votamos en el sacro bautismo, como cumplió él mismo las obligaciones de Mesías. Segunda reflexión, que expondré con la brevedad posible.

El hombre nuevo empieza á nacer dentro de nosotros por el bautismo, y tenemos obligación de perfeccionar continuamente este nuevo hombre, que el primero de los sacramentos ha formado en nuestras almas. Por esto es llamado sacramento de la regeneración. Para hacernos conocer Jesucristo su indispensable necesidad, nos dice que *el que no renaciere del agua y del Espíritu Santo, no entrará en el reino de Dios* (1); y esta es la razón, por que el Apóstol llama *hijos engendrados en Jesucristo* á los que había convertido á la fe.

Aquel Espíritu que apareció sobre la cabeza del Salvador, cuando fué bautizado en el Jordán, denotaba que en este sacramento recibiríamos algo de su plenitud. Así lo vaticinó Ezequiel diciendo (2): *derramaré sobre vosotros aguas puras, que purificarán vuestras manchas, y recibiréis un espíritu y un corazón nuevo*. Este nuevo espíritu que se nos confiere en el bautismo, estaba, según los Padres, figurado en la circuncisión.

Mas aunque la comunicación del Espíritu se haga en esta medida, y la mano de Dios imprima estos caracteres en el hombre nuevo, que llama á la gracia del bautismo, es necesario que nosotros por medio de la fidelidad á esta gracia nos perfeccionemos en este principio de nueva criatura, hasta adquirir el grado de aumento y de fuerzas, que constituyen al hombre interior en su plenitud, y digno de que Jesucristo sea enteramente formado en el alma, conforme á la sentencia del Apóstol.

Según estos principios, que son los de nuestra Religión, los que extinguendo en sí mismos este espíritu santo, *no siembran sino en la carne, sólo recogerán de la carne la corrupción*, que es su efecto; y por el contrario, como se explica San Pablo (3), *los que sembraren en este espíritu, recogerán la vida eterna, de la cual es germen*. Llamo sembrar en espíritu, hacer que en nuestro corazón el espíritu triunfe de la carne, el Evangelio del mundo, la Religión de las máximas del siglo, Jesucristo del demonio, la gracia de la concupiscencia. Esta carne, este mundo, esta concupiscencia son el hombre viejo, que es necesario destruir. Este espíritu, este Evangelio, esta Religión son el

(1) *Joann. c. 3, v. 5.* (2) *Ezech. c. 36, v. 25.* (3) *Galat. c. 5, v. 8.*

hombre nuevo, que es menester edificar. A esto se reduce todo el cristianismo, y este es el gran sacramento de la voluntad de Dios en orden á nuestra salud. Quiere, pues, que, conducidos por el espíritu de Jesucristo y del Evangelio, cautivemos el entendimiento en obsequio de la fe, y la voluntad en obsequio de la ley, para darnos alguna parte en la obra de nuestra santificación. He aquí los principales deberes que estamos obligados á desempeñar en calidad de cristianos, para imitar á Jesucristo, que cumplió cabalmente las obligaciones anexas al nombre de Jesús.

Como este adorable nombre debía producir la mayor gloria de la Iglesia, determinó Dios se compusiese del suyo propio *Tetragrammaton*, el cual era figurado y representado del modo más brillante en la ley de Moisés. El estaba escrito con letras de oro sobre el racional del sumo pontífice. A éste únicamente era permitido entrar en el Sancta sanctorum, y pronunciar una vez al año el sagrado nombre de *Jehová*, entre tanto que los sacerdotes y todo el pueblo prostrados oían este nombre venerable con un estremecimiento religioso. Este santo nombre, designado por el Profeta, fué llevado del cielo á la tierra por San Gabriel, cuando anunció á María la encarnación del Verbo; y el Salvador del mundo lo recibe hoy en el templo con la ceremonia de la circuncisión, figura del bautismo, donde todos los hijos de la Iglesia participan de este bello nombre, recibiendo el de cristianos.

Jesucristo, asimismo, después de haberlo hecho célebre en la Judea por los oráculos de su doctrina, por las maravillas y santidad de su vida, quiso llevarlo sobre la cruz, signo de sus trofeos y victorias; esto es, quiso que este santo nombre, escrito en tres lenguas originales, le diese á conocer á todas las naciones del mundo que se hallaron presentes al espectáculo de su muerte. Aquí fué donde el demonio creyó haber triunfado, pues viéndole crucificado y cubierto de ignominia entre dos ladrones, se persuadió haber borrado la gloria del Redentor entre los hombres. Mas ¡oh! ¡cuán vanas fueron sus esperanzas! Sobre esta cruz adorable consiguió la más completa victoria de todos sus enemigos. Aquí, en efecto, el nombre de Jesús entre los clavos, las espinas, las heridas y la sangre, apareció con más esplendor que entre el oro, las perlas y pedrería del racional del sumo sacerdote. El sol eclipsado en este momento, el choque de las piedras, el velo del templo rasgado de alto abajo, los muertos resucitados, hicieron decir á los testigos de estos prodigios: verdaderamente este Jesús era el Hijo de Dios: *Fere Filius Dei erat iste*. El horror del sepulcro parece debía abolir este glorioso nombre, que no había po-

dido deshonrar el oprobio de la cruz. Mas la resurrección, manifestada á todos sus discípulos y predicada bien presto en Jerusalén, puso en todo su esplendor el nombre de Jesús. En vano los fariseos y sacerdotes prohíben á los apóstoles que lo prediquen al pueblo. Ellos salen de la sinagoga llenos de gozo, por haber sido dignos de padecer oprobios y afrentas por el nombre de Jesús.

Pero no basta que este divino nombre triunfe en Jerusalén. Saulo, que sólo respira persecución, venganza y suplicios contra los adoradores de Jesús, cae en el camino de Damasco al eco de una voz que le dice: *yo soy Jesús, á quien tú persigues*. ¡Ah! qué mutación tan extraña! La boca de este apóstol de las gentes viene á ser en lo sucesivo un vaso de elección, escogido para llevar este nombre sagrado delante de los reyes y naciones, que debían rendirle homenaje. Este nombre celestial, anunciado por los apóstoles, resuena en breve desde el Oriente al Occidente, y del Aquilón al Mediodía. En vano las potestades del mundo y del infierno pretenden abolir su memoria: *Eradamus nomen ejus de terra*. Este nombre victorioso de todos sus adversarios, sale de la boca de una infinidad de mártires, testigos fidedignos de su divinidad. Los principes de las naciones se conjuran contra su Señor y contra su Cristo, que desde la diestra del Padre se burla de los proyectos de sus enemigos.

¡Oh adorable Providencia! ¿qué ocultos son tus caminos! ¿qué investigables tus sendas! ¿Quién vió jamás que donde son más los muertos, sea mayor el número de los vencedores? La sangre de los mártires, decía Tertuliano, era abundante germen de nuevos cristianos, y el nombre de Jesús, derramado sobre la tierra como un óleo sacro, hizo enmudecer á los demonios, que pretendían sepultarlo en el olvido. El Padre celestial, pues, para relevar á su Unigénito de la profunda humillación á que se sujetó circuncindándose, le dió un nombre superior á todo nombre, disponiendo que en su presencia se postrasen los cielos, la tierra y los abismos (1). Nombre verdaderamente adorable, que después de haber puesto en derrota completa á los demonios, nos hace invencibles en los combates de la religión: nombre inefable, en cuya virtud hicieron tan grandes conquistas los apóstoles; nombre divino, que fortaleció á tantas vírgenes delante de los tiranos, haciéndolas incorruptibles y superiores á toda violencia: nombre en fin que ha poblado de anacoretas los desiertos, de penitentes los claustros; y que se ha extendido sobre la faz del universo para iluminar á los que yacen en tinieblas y entre las sombras de la muer-

(1) *Philip.* c. 2, v. 9 et 10.

te eterna. Así cumplió Jesús con los deberes de Mesías y Salvador del mundo, con arreglo á la voluntad de su eterno Padre.

Resta, hermanos, que nosotros le imitemos observando exactamente las obligaciones de cristianos, y que por medio de una circuncisión espiritual, mortifiquemos nuestra carne y la reduzcamos á servidumbre con la oración, el ayuno y la penitencia. Para esto es necesario proponernos por modelo la vida de Jesucristo, y que su adorable nombre resuene siempre en nuestro corazón y en nuestros labios; porque, como nos enseña San Pedro (1), no se nos ha dado otro nombre que el de Jesús para ser salvos. ¡Felices de nosotros si este sagrado nombre viene á ser nuestra fuerza y nuestra dulce esperanza en la hora de la muerte! Honradlo pues como fieles cristianos en esta vida, para gozar de Dios en la eterna. *Amén.*

EL NOMBRE DE JESÚS

IMPUESTO EN LA CIRCUNCISIÓN DEL SEÑOR

Postquam consummati sunt dies octo, ut circumcideretur puer, vocatum est nomen eius Jesus.

Después que pasaron los ocho días, para que se circuncidara el Niño, se llamó su nombre Jesús.

(S. Luc. c. II, 21.)

Comprendió en pocas palabras el Santo Evangelista San Lucas, la santa y venerable solemnidad de este día, diciendo: *Después que se consumaron, esto es, se completaron, los ocho días, para que se circuncidara al Niño, se llamó su nombre Jesús.* En estas palabras comprendió dos nobilísimos misterios; pues en esta brevísima oración descen-

(1) *Actos.* c. 4, v. 12.

bió la circuncisión del Señor y su nombre gloriosísimo; y de ellos os he de predicar yo en el Sermón de este día. ¿Mas de dónde podré tomar el principio de mi oración, de donde copia de decir, si el Espíritu del Eterno Padre no me sugiere lo que tengo de hablar, rige mi mente y agita mi lengua, para que pueda exponer el misterio de la Circuncisión, y el grande y magnífico nombre de Jesús, impuesto desde la eternidad? Pues todos á una imploremos con humildad su auxilio por la intercesión de la Sacratísima Virgen. *Ave María.*

Hermanos míos, al tratar de la circuncisión del Señor, lo primero que se nos ocurre preguntar es, por qué causa quiso ser circuncidado. Tres principalmente fueron las causas por que este inocentísimo Señor quiso este cauterio, ó bien remedio del pecado. La primera, como dice el Apóstol, por la verdad de Dios para confirmar las promesas de los padres. Se había prometido á los padres un redentor de su raza ó semilla, cuando á Abraham y su posteridad se dijo (1): En tu semilla serán bendecidas todas las gentes de la tierra. Pues para que constara claramente, que Cristo descendía de la raza de Abraham, debió ser circuncidado, que era el símbolo ó señal de su posteridad, para que de este modo finalmente constara con toda claridad la verdad de la promesa divina. Y cumplida esta promesa de Dios, no hay ya causa por que estemos nosotros obligados á la ley de la circuncisión. Porque, como ella fué instituida en señal de la promesa divina, debió ciertamente cesar, cumplida esta promesa; al modo que vemos que se devuelven las prendas y se rasga la escritura del resguardo, cuando se paga aquella deuda que se contenía en el recibo. Pues ésta fué la primera causa de la circuncisión del Señor.

Fué la segunda: porque nuestro Salvador apenas había nacido, cuando se dignó dar principio felizmente á su oficio de Salvador, el cual se había de proporcionar con el derramamiento de sangre. Por que al modo que los mercaderes que compran mercancías preciosas, antes de pagar todo su importe, ofrecen alguna parte de su precio, ya en solución de la deuda, y ya en señal de la paga futura, así claramente este mercader celestial, que había venido al mundo con el fin de redimir nuestras almas de la cautividad del diablo, hoy recién nacido, derramando su sangre, lo uno ofreció el precio de nuestra salud, y lo otro dió señal de la futura paga. Porque cuál había de ser en adelante este infante lo declaró hoy. ¿Para qué esta tan apresura-

(1) *Gen.* c. 22.

da celeridad, Jesús y Señor? ¿Por qué tanto te aceleras á derramar tu sangre? ¿No podías esperar un poco más para que tuvieras mayor copia de sangre que ofrecer y más robusta la firmeza de tu cuerpo, para que por causa nuestra pudieras sufrir los trabajos? ¿Tan pronto eliges el pescbre duro, el humilde establo y la cruel llaga del cuerpo, el odio de Herodes, la huida á Egipto, el destierro y morada entre los extraños? Cuánto te adaptan aquellas palabras del profeta (1): pobre soy yo, y en trabajos desde mi juventud, y aun desde mi infancia. ¿Qué harás en una edad y fuerzas mayores, cuando de recién nacido eliges de tu voluntad tantos trabajos?

Consideren esto los que dilatan su conversión á los últimos espacios de su vida, y destinando toda su juventud á los deseos juveniles é inútiles cuidados, guardan para Dios la última parte de la vida. Dime, te ruego, quién te dió la potestad sobre los días y tiempos, para que pudieses destinar ciertos espacios de tu vida ahora en unos usos y luego en otros? ¿Por ventura no temes que andando en este ánimo, te se diga aquello que se dijo á aquel, que deliraba del mismo modo y contaba así los espacios de su vida (2): necio, esta noche te pedirán tu alma; lo que has preparado, de quién será?

Mas no quiero tratar con vosotros con razones. Para mí me basta poner á vuestra vista el ejemplo de nuestro Salvador. Si este infante Señor de los cielos y de los ángeles, y que no tenía necesidad ni del cielo, ni de la tierra, ni de los obsequios de los ángeles, ni de los hombres y á quien nada se le podía acrecer por el trabajo de esta tan grande obra; sin embargo, por su excesiva caridad para con el linaje humano, desde la cuna y pechos de su madre comenzó á tratar el negocio de nuestra salud, á purgar nuestros delitos, y para lavarlos derramar su sangre y fatigar sus miembros tiernos con todo género de trabajos, y pagar las penas que no merecían, como nosotros, cuya causa se trata, cuyos pecados se lavan y á quienes viene toda su utilidad de esta obra tan grande; cómo, vuelvo á decir, vivimos tan relajada y perdidamente, despreciamos tanto los beneficios divinos, estamos tan ciegos y entorpecidos para entender estos tan profundos misterios y ocultos Sacramentos, somos tan rebeldes é ingratos para con Dios, tan crueles y enemigos de nosotros mismos, cuando desatendemos y despreciamos con prodigalidad nuestra salud, que se adquirió á costa de tantos trabajos de Cristo y nos ofrece de balde? ¿Qué cosa puede haber, ni más demente ni más detestable? ¿Por qué de este solo argumento no coliges, miserable, cual negocio sea aquél,

(1) *Psalm. 87.* (2) *Luc. c. 12.*

por el cual la virtud misma y sabiduría de Dios trabaja y suda tanto y tan largo tiempo? Pues esta causa segunda de la circuncisión del Señor nos da materia de un justísimo temor.

A estas dos causas se añade la tercera, y es, que de este modo el Señor nos quiso dar un ejemplo eficazísimo de su profunda y alta humildad. Porque aunque toda su vida fué un cierto absolutismo ejemplar de humildad, con todo, nunca acaso se anonadó y abatió tanto aquella suprema majestad. Porque en su encarnación es cierto que se abatió tanto, que tomó la imagen de hombre; mas aquí marcado con el cauterio del pecado, tomó la imagen del pecador. Y aunque en el bautismo mostró también la imagen de pecador, cuando quiso como impuro bautizarse entre los pecadores (1); con todo, en aquel tiempo se abrieron sobre él los cielos, y se oyó la voz del Padre, y descendiendo sobre él el Espíritu Santo en especie y figura de paloma, declaró su inocencia y pureza de paloma (2). También en su pasión, aunque mostró la forma de un pecador y criminoso, cuando el Cordero inocentísimo estuvo pendiente y puesto en la cruz entre facinerosos y ladrones, sin embargo, estando así crucificado, el cielo se cubrió de unas horribles tinieblas, la tierra tembló, las piedras se partieron y todos los elementos dieron muestras lúgubres de dolor y tristeza. De aquí sucedió, que muriendo de esta conformidad no faltaron quienes dijeron: verdaderamente este hombre era justo; esto es, está muy distante de la forma é imagen de pecador en que se nos presenta. Y así casi nunca se abatió en esta conformidad el Señor, porque inmediatamente los prodigios celestiales declararon con magnificencia su gloria y su inocencia. Mas la circuncisión, que es señal de pecado, no se ilustra con milagro alguno. Pues considerad, hermanos, cuánto es lo que aquella suma celsitud se abatió por causa nuestra! Lo sumo que hay en el mundo es Dios, el cual es sobre todas las cosas; y lo ínfimo el pecado, que está bajo de todas ellas. Y porque era imposible que el Señor se abatiera hasta el pecado, sin embargo descendió lo más próximo que pudo á él, respecto de que aquel que no podía ser pecador, tomó la imagen de pecador. Porque así como la cisura ó cortadura de orejas muestra al ladrón, y el sambenito, ó vestidura que usan los herejes penitenciaros, declara el pecado de perfidia, así claramente la circuncisión aclama y publica reo y pecador. Pues ¿qué más se pudo inclinar aquella suma majestad, que llevar el traje y señales de pecador, el que estaba lejos de todo pecado? Pues porque la enfermedad del linaje humano había comenzado por la soberbia, su medicina debió salir de la humildad.

(1) *Matt. c. 3.* (2) *Luc. c. 23.*

Pero aunque en la circuncisión del Señor faltaron (como se ha dicho) los milagros, y no se ilustró con ellos, sin embargo no careció del premio que era debido á esta tan grande humildad. Este premio lo declara el nombre de glorioso que por orden y autoridad de Dios se le impuso este día, el que significa Salvador. La gloria de este nombre y su oficio lo declara el Apóstol á los filipenses cuando dice (1): Dios lo exaltó y le dió nombre, el cual es sobre todo nombre, para que en el nombre de Jesús hinquen las rodillas los del cielo, los de la tierra y los del infierno. Aquel, pues, que se humilló bajo todas las cosas, y se hizo el novísimo, esto es, el más ínfimo de todos los hombres, debió ciertamente ser exaltado sobre todas ellas; de manera, que cualesquiera que estén ó en el cielo ó en la tierra, confiesen su gloria, prediquen sus alabanzas, y atribuyan á él la salud recibida. Porque los que están en el cielo por él son bienaventurados, y los que son justos en la tierra, son tales principalmente por su gracia y sus méritos. Y los que estando en el purgatorio esperan la vida y el descanso, ciertamente que por sus méritos lo esperan. Porque así como ninguna estrella resplandece en el cielo que no reciba su luz del sol, así ninguno ni en el cielo ni en la tierra es justo que no reciba de este sol de justicia la claridad de su virtud y santidad. Porque de su plenitud, como de una fuente inagotable de todas las gracias, hemos bebido todos. Por tanto es una cosa justa y debida, que todos cuantos han sido por él santificados, enriquecidos, ennoblecidos y destinados á la vida eterna, sean los que ya están en el cielo, ó los que todavía están en la tierra, todos alaben, prediquen, veneren este nombre, y le hinquen las rodillas, no solamente del cuerpo, sino también del corazón.

Pero acaso preguntará alguno: ¿por qué al solo nombre de Jesús hincamos la rodilla, y no también á otros nombres suyos, que son muchos y magníficos? Porque Jesucristo se llama también Hijo de Dios, y San Juan en su *Apocalipsis*, dice (2), que su nombre es el Verbo de Dios. ¿Por qué, pues, no hincamos la rodilla á estos sus nombres tan ilustres, y si al nombre de Jesús? A esto, pues, responde cierto teólogo, que esta señal y muestra de honor se da á Jesucristo, no sólo por reverencia, sino en significación de un ánimo agradecido por el beneficio de nuestra redención y de nuestra salud (3). Pero en los otros nombres de Jesucristo se denota sola la gloria de Jesucristo, y no nuestra salud. Porque ser el Verbo de Dios, y el Hijo de Dios, y el rey ungido, pertenece principalmente á su gloria. Mas el nombre de

(1) *Philip.* c. 2. (2) *Cap. 16.* (3) *Alex. de Ales.*

Jesús suena Salvador, en el cual nombre se contiene su gloria y nuestra salud, y por esto con razón á este saludable nombre nos levantamos é hincamos la rodilla, reverenciando y venerando la majestad divina, y dándole gracias por la salud que nos dió por su sagrado nombre. Este nombre muestra y lleva en sí la salud, el remedio y perdón de los pecados y la gracia; y así atraída la esposa de la dulzura de este nombre, decía en los cantares (1): aceite derramado tu nombre, por esto las jovencillas te amaron. ¿Por qué amaron? Porque en este nombre saludable de aceite conocieron la justicia, la gracia, la gloria, y la eterna salud y felicidad que les dió Jesucristo. En este lugar San Bernardo, entre otras muchas cosas, dice: que se debe advertir y considerar, que siendo dobles ó de dos maneras los nombres de Dios, unos que significan la majestad, otros la misericordia; Cristo Señor, disimulando la majestad, se apropia los nombres de la misericordia, cuando no solamente quiso llamarse Jesús, sino también Manuel, esto es, Dios con nosotros. Antiguamente éste repetía con frecuencia en la ley estas palabras: yo el Señor, yo el Señor, que ponían miedo á los hombres; ahora se complace en el nombre de padre, y así nos manda que en la oración le llamemos padre. Pero ¿qué es lo que dice que este nombre es aceite derramado? ¿Qué hay que extrañar, dice el mismo San Bernardo, el que el nombre sea derramado, si él también fué derramado? ¡Qué caro el aceite! ¡cuán vil! Vil, pero saludable. Y así como vil, se derrama, pero como saludable, sana. Pero consideremos por qué este nombre se compare al aceite. A saber, porque entre el nombre de Jesús y el aceite hay alguna similitud en algunas cualidades del aceite: estas son, que luce, que apacienta, que unta. Porque fomenta la luz, nutre la carne, y mitiga el dolor. Es, pues, luz, comida, medicina. ¿Por ventura todo esto no nos lo da el nombre de Jesús? ¿Por ventura él mismo no se llama luz del mundo, pan vivo, y médico de los enfermos? ¿Qué cosa, pues, más saludable que este nombre? ¿Qué más amable? ¿Qué más suave? Esta suavidad al fin parece habia experimentado San Bernardo, cuando decía: ¿qué es Jesús, sino miel en la boca, melodía en el oído y júbilo en el corazón?

Pues si con tanta religión y piedad se ha de venerar este nombre saludable, de qué castigo se hacen dignos todos aquellos, que con tanta desvergüenza abusan de la majestad de él, cuando á cada paso por cosas de ningún momento juran y perjuran: no solamente los hombres sino también las mujeres, y por el mal ejemplo de éstos los

(1) *Cant.* c. 1.

niños y los infantes, que sabiendo apenas hablar claro, saben ya jurar y perjurar, porque lo aprendieron de sus padres. Mucho es de temer á la verdad que tengan compañeros en la pena, á los que tuvieron maestros del error. Antiguamente en la ley nadie osaba tomar en su boca el nombre de Dios de cuatro letras, sino el sumo sacerdote, y esto en el templo, y en día solemne, y revestido de las vestiduras sagradas; y ahora no se avergüenzan aun los niños y niñas hollar y enseñar frecuentemente este nombre venerable, por el cual vino la salud al mundo; San Francisco antes de su muerte hizo testamento, en el cual dejó á sus hijos ciertos preceptos familiares que habian de observar, entre los cuales se cuenta éste principalmente. En cualesquiera parte que se encuentren los santísimos nombres de Dios, quiere que se cojan y se coloquen en un lugar honesto. ¡Ved, os ruego, qué cuidado solicitaba á la hora de su muerte el pecho de este varón santísimo! Porque, olvidado en cierto modo de sí, estaba solícito de la reverencia que se había de dar á este sagrado nombre. Mas nosotros, miserables, ninguna otra cosa cuidamos menos, acaso porque todavía no hemos percibido aquella salud, que vino y se trajo al mundo por este nombre. Ruégoos, hermanos, respecto de que hoy es el día primero de este año, y día festivo de este sagrado nombre, que por reverencia suya cada uno proponga en su interior firmemente el ahuyentar muy lejos de sí, de sus hijos y demás familia esta injuria del divino nombre; y de él en adelante usemos como un socorro común y general para todas nuestras miserias, y no para confirmación de nuestras mentiras. El modo cómo hemos de invocar este nombre nos lo enseña San Agustín con su ejemplo, en estas palabras: ¿Qué es Jesús, sino Salvador? Luego por tí mismo sedme Jesús. No quieras, Señor, no quieras atender el mal mío, de modo que te olvides del bien tuyo. Oh buen Señor, aunque yo he cometido culpas, por las que me podéis condenar, tú no las perdido por eso por donde puedes y sueles salvar. Así, pues, sucederá que valiéndonos religiosamente del socorro de este nombre, no para abuso de jurar, sino de pedir auxilio, mereceremos finalmente conseguir por él la salud eterna y la gloria de la inmortalidad.

DEL DULCE NOMBRE DE JESÚS

In nomine Jesu omne genu flectatur caelestium, terrestrium et infernorum.

Al nombre de Jesús toda rodilla se dobla en el cielo, en la tierra y en los infiernos.

(S. PABLO Á LOS FILIP., c. 2, v. 10.)

¡Con cuánta energía expresan las sagradas páginas, y en especial los libros proféticos, las excelencias y grandezas del santo y adorable nombre de Dios! *Adonái, Jehová, Sabaoth*: ¡qué nombres tan magníficos! ¡qué nombres tan respetables! ¡qué nombres tan terribles! Parece oír todavía el eco formidable del Señor, cuando dirigiéndose á Moisés, caudillo y conductor del pueblo escogido, le decía: *Yo soy el que soy; vé, pues, y di á los hijos de Israel, que el que es por esencia, te envía á ellos (1); yo soy el Dios que apareció á Abraham, Isaac y Jacob, y que aún no les he manifestado mi nombre terrible de Adonái (2).*

Pero estos nombres tan sublimes y otros muchos que se hallan esparcidos en el antiguo Testamento, sólo parece estaban destinados á dar á los hombres una idea del poder, de la magnificencia, del furor y de la justicia de un Dios irritado por los crímenes, con que toda la tierra se hallaba contaminada. Todavía no se había manifestado sino un *Dios de venganza*, como le llama el Profeta rey, un Dios celoso que castigaba con mano fuerte los delitos de los padres en sus hijos hasta la cuarta y quinta generación. No había llegado aún la plenitud de los tiempos, en que el Eterno había de enviar á su Unigénito hecho hombre, para librar á los hombres de la ley de esclavitud, en que habian incurrido por la culpa. Por eso al aproximarse este día venturoso, en que el Verbo ó la Palabra eterna debía aparecer sobre el hemisferio como un Dios de amor y de indulgencia, ya los profetas se apresuraron á pintar al Deseado de las naciones con los nombres más ilustres, y que bosquejaban, aunque imperfectamente, la misión sublime

(1) *Exod.* c. 3, v. 14. (2) *Exod.* c. 5, v. 3.